

Prólogo

1 de octubre de 2204

—Se fueron por allí —indicó Sherry.

La tarde era tranquila y mortalmente silenciosa. El sol discurría por un cielo despejado, pero la polvorienta Nebulosa Quiveras a la que se había ido acercado este sistema durante tres mil años le impedía brillar. Randall Nightingale miró a su alrededor, observando los árboles, el río y la llanura que se extendía a sus espaldas y pensando en lo extraño que era un día de verano en esta zona ecuatorial.

Volvió a oír los gritos en su mente. Y los sonidos de los disparos de los agujijones.

Cookie, el piloto, estaba comprobando su arma. Tatia movió la cabeza, preguntándose cómo era posible que Cappy hubiera cometido la estupidez de alejarse. Era una mujer joven, pelirroja y tranquila. Su expresión, normalmente afable, estaba vacía.

Andi contempló la línea de árboles del mismo modo que observaría a un tigre que acechara en los alrededores.

Capanelli y otros dos compañeros se habían marchado al amanecer, explicó Sherry una vez más. Se habían internado en el bosque a pesar de que tenían prohibido alejarse del campo visual del vehículo de descenso. Y no habían regresado.

—Pero tienes que haber oído algo —dijo Nightingale.

Los tres miembros del equipo, que vestían trajes energéticos, hablaban entre sí por el canal general.

La mujer parecía incómoda.

—Fui un momento al cuarto de baño. Tess me llamó cuando todo empezó —Tess era la IA—. Cuando salí, todo había terminado. No había nada.

Le temblaban los labios y parecía estar al borde de la histeria. *Tess* había registrado unos gritos. No sabían nada más.

Nightingale había intentado ponerse en contacto con ellos, pero en el intercomunicador sólo se oía electrostática.

—De acuerdo —dijo—. Vamos.

—¿Todos? —preguntó Andi, una mujer rubia y regordeta a la que le gustaba bromear, aunque ahora estaba muy seria.

—La unión hace la fuerza —respondió.

Se desplegaron sobre la áspera hierba y, tras mirarse entre sí intentando infundirse ánimos, avanzaron hacia la línea de árboles.

—Por allí —dijo Sherry—. Se fueron por allí.

Nightingale dirigía la marcha. Avanzaban con cautela, con las armas preparadas, pero no eran militares entrenados, sino simples investigadores. Que él supiera, ninguno de ellos había disparado jamás un aguijón. Viendo lo nerviosos que estaban sus compañeros, se preguntó si debería tener tanto miedo de ellos como de la fauna local.

La luz del sol perdió intensidad bajo las copas de los árboles y la temperatura descendió unos grados. Los árboles eran altos y frondosos; sus ramas más altas se entrelazaban, formando un dosel de parras y grandes hojas en forma de espada. El suelo estaba cubierto de restos de vegetación y por todas partes asomaban gruesos brotes similares a cactus. Sobre sus cabezas, un ejército de criaturas invisibles gritaban, escarbaban, corrían y aleteaban. Pero eso era lo que sucedía en todos los bosques del mundo, donde la mayoría de los animales vivían en la canopia y no en el suelo.

El traje energético reducía su sentido del olfato, pero la imaginación acudió al rescate y, a pesar de encontrarse en un bosque extraño, pudo oler los pinos y la menta de su Georgia natal.

Biney Coldfield, capitán de la nave y piloto del tercer vehículo de descenso, le interrumpió para anunciarle que se estaba acercando y que se uniría a la búsqueda en cuanto aterrizara.

Confirmó la transmisión, permitiendo que su voz expresara la irritación que sentía. Capanelli le había defraudado. Había ignorado las normas establecidas y se había internado en un área de visibilidad limitada. Con su conducta les había hecho parecer simples aficionados... y, probablemente, había conseguido que lo mataran.

Nightingale examinó el suelo, intentando encontrar huellas o cualquier otra señal que hubiera podido dejar el grupo de Cappy a su paso. Dándose por vencido, se volvió hacia sus miembros.

—¿Por casualidad contamos con algún leñador?

Todos se miraron entre sí.

—¿Adónde irían? —preguntó a Sherry.

—A ningún sitio en concreto. Supongo que hacia delante, siguiendo el sendero.

Nightingale suspiró.

Algo trepó a toda velocidad por un árbol. Al principio le pareció que era una ardilla, pero entonces descubrió que tenía más patas de las normales. Aquel era su primer día en Maleiva III.

Un par de pájaros volaron en círculo sobre ellos antes de posarse sobre una rama. Eran rojos. Parecían cardenales, aunque tenían picos largos y crestas de color turquesa. Los colores desentonaban.

—Espera un momento —dijo Sherry.

—¿Por qué? —preguntó Nightingale.

La mujer levantó una mano, indicándole que guardara silencio.

—Hay algo detrás.

Se giraron al instante, con las armas preparadas. A sus espaldas cayó la rama de un árbol. Nightingale retrocedió de un salto y chocó contra algo espinoso.

Cookie y Tatia recularon y miraron a su alrededor.

—Aquí no hay nada —informaron.

Se pusieron en marcha de nuevo.

El sendero era tan estrecho que constantemente tenían que abrirse paso entre arbustos y zarzas. Nightingale señaló un par de cañas rotas que sugerían que algo las había pisado.

Al llegar a un claro los vio.

Los tres yacían en el suelo, inmóviles. Sus trajes energéticos estaban llenos de sangre y en sus rostros se había congelado una expresión de agónico terror.

Sherry gritó y corrió hacia sus compañeros.

Nightingale le obligó a detenerse y la sujetó hasta que logró que se calmara un poco. Mientras tanto, los demás otearon los árboles en busca del agresor.

—Fuera lo que fuera —dijo Tatia—, ya no está aquí.

En cuanto Sherry logró liberarse avanzó hacia sus compañeros, cada vez más despacio. Cayó de rodillas junto a ellos, susurrando algo. Instantes después, se acuclilló y observó los árboles con atención.

Nightingale se acercó a ella, le puso la mano en el hombro y se quedó de pie a su lado, observando la masacre.

Andi apareció a sus espaldas, llorando silenciosamente. Al White y ella habían sido buenos amigos durante años.

Tatia permaneció al final del claro para vigilar el círculo de árboles. Al ver los cadáveres, su mirada se endureció.

—¿Qué sucede, Randy? —interrumpió Biney, que seguía los acontecimientos desde el tercer vehículo de descenso.

La sangre había quedado atrapada en los campos Flickinger, de modo que resultaba difícil conocer los detalles de la agresión. Parecía que los tres habían sido golpeados, mordidos, agujereados y lo que fuera varias veces. Las heridas no eran demasiado grandes. *El atacante era pequeño*, pensó. *Los atacantes*. Sin duda alguna, había más de uno.

Debió de decirlo en voz alta.

—¿Pequeño? —dijo Biney—. ¿Cómo de pequeño?

—Del tamaño de una rata. Un poco más grande, quizá.

Los agresores también habían logrado arrancarles algunos trozos de carne, aunque no habían sido capaces de extraerla de los trajes energéticos.

El claro se había convertido en el escenario de una batalla. Algunos árboles mostraban marcas de abrasión y la frágil y marchita vegetación rezumaba un líquido verde y viscoso. Encima de sus cabezas había varias ramas quemadas.

—Dispararon hacia arriba —observó Nightingale.

Sin darse cuenta se cerraron en círculo y, protegiéndose mutuamente las espaldas, contemplaron los árboles y el dosel.

—¿Ardillas devoradoras de hombres? —propuso Andi.

Había varios arbustos chamuscados y un árbol derribado, pero no veían por ninguna parte cadáveres ni señales de grandes depredadores.

—No hay ni rastro del agresor.

—Estamos descendiendo —anunció Biney—. Llegaremos en unos minutos. Regresad a la nave de inmediato.

—No podemos abandonar los cadáveres, pero necesitamos más músculos para moverlos.

Podía decirse que Cookie era el único varón corpulento del equipo, puesto que Nightingale medía aproximadamente lo mismo que Andi, la más pequeña de las mujeres.

—De acuerdo. Esperadnos. Llegaremos lo antes posible.

Un par de pájaros se posaron en una rama. Eran los desagradables cardenales.

—¿Estás bien, Andi? —preguntó Nightingale, rodeándola con un brazo.

—He estado mejor.

—Lo sé. Lo siento mucho. Era un buen chico.

—Todos eran buenos chicos.

Tatia levantó la cabeza.

—Allí—dijo.

Nightingale observó el lugar que señalaba, pero sólo vio árboles.

Como el traje energético amortiguaba los sonidos, lo desconectó. El frío empezó a filtrarse por sus huesos. Percibió un movimiento.

Su instinto le decía que tenía que sacar a sus compañeros del bosque, pero se sentía incapaz de hacerlo. El peso del aguijón le reconfortaba. Lo miró de reojo, sintiendo el zumbido de su fuerza. Aquella arma podría derribar a un rinoceronte.

Se situó delante de Tatia. Cookie le susurró que se detuviera, pero Nightingale consideraba que como líder debía estar al frente de su equipo.

Algo se movió con rapidez por el dosel, chillando. A ras de suelo, un par de ojos le observaban desde unos espesos matojos.

Cookie se acercó a él.

—Creo que es un lagarto, Randy. Espera...

—¿Qué?—preguntó Tatia.

Una enorme cabeza de reptil provista de cresta se adentró en el claro, seguida por un cuerpo recio de color barro. Tenía patas cortas y ojos parpadeantes. La criatura observó a Nightingale y Cookie con las mandíbulas abiertas.

—Un cocodrilo—dijo Biney.

—¿Un cocodrilo?—preguntó Biney.

—De la misma especie—comentó Nightingale—. Es como un dragón en miniatura.

—¿Eso es lo que mató a Cappy?

—No lo creo.

Era demasiado grande. Además, estaba seguro de que esa criatura atacaba embistiendo y mutilando, y las heridas de Cappy y los demás parecían haber sido causadas por un objeto punzante.

El animal levantó la cola lentamente y volvió a bajarla. ¿Les estaría retando?

Nightingale volvió a conectar su traje energético.

—¿Qué opinas, Cookie?

—No hagas nada que le provoque. No dis pares si no nos ataca. No establezcas contacto visual.

Los latidos de su corazón se aceleraron.

El dragón resopló, abrió las mandíbulas y les mostró una gran gola y montones de dientes afilados. Empezó a dar zarpazos en el suelo.

—Si se acerca un paso más, derríbalo—dijo Nightingale en voz baja.

La mirada del dragón se desvió. Observaba las ramas superiores de los árboles, abriendo y cerrando las mandíbulas y moviendo su lengua serpentina. Retrocedió.

Retrocedió.

Nightingale siguió su mirada.

—¿Qué está pasando?—preguntó Cookie.

—Juraría que algo le ha asustado—dijo Nightingale.

—Bromeas.

—No.

Un par de arañas peludas intentaban darse caza por el dosel. Una saltó por un espacio abierto, alcanzó una rama y se sujetó a ella con fuerza, intentando salvar la vida... pero ésta se partió y empezó a deslizarse hacia el suelo. Otras ramas detuvieron la caída a medio camino. Allí arriba no había nada más. Excepto los pájaros rojos.

Biney era una mujer alta de facciones duras y severas. Tenía una voz cargada de acero y la gracia natural de un defensor. Quizá, si se relajara un poco, sería atractiva. A lo mejor, si sonriera...

Llegó acompañada de su equipo, formado por dos hombres y una mujer. Todos llevaban sus armas en la mano.

Podría decirse que se puso al mando, como si Nightingale hubiera dejado de existir. En cualquier caso, el hombre estaba encantado de poder cederle la responsabilidad. Además, era ella quien solía encargarse de ese tipo de cosas.

Tras ordenar a Tatia y a Andi que montaran guardia, la mujer encomendó a los demás la misión de recoger ramas y enredaderas para construir cabestrillos. Cuando estuvieron listos, los dejaron en el suelo, depositaron los cadáveres en ellos e iniciaron la pesada retirada.

Biney daba órdenes precisas, dirigía la marcha y los mantenía unidos. Nadie volvería a distraerse ni a deambular ociosamente por los alrededores.

Los árboles les obligaban a avanzar en fila india. Nightingale cerraba la marcha. Cookie, que transportaba el cuerpo de Cappy, caminaba delante de él. Le resultaba difícil apartar los ojos del cadáver, cuya expresión de terror le causaba una especie de bloqueo sísmico.

Biney esgrimía con sombría eficiencia su láser, abriéndose paso entre los arbustos. Al ser el más pequeño de los hombres o quizá, el director del proyecto, a Nightingale no le habían pedido que cargara con ningún cabestrillo. Cuando se ofreció a ayudar, Biney le dijo por un canal privado que sería más útil como centinela, de modo que se dedicó a observar a los diminutos habitantes del bosque: las omnipresentes arañas, los cardenales y una docena de animales distintos. Una criatura en forma de barril pasó rodando, literalmente, junto a ellos, haciendo caso omiso de su presencia.

Era una bestia desconcertante, pero sabía que no habría nuevas investigaciones sobre este mundo... al menos para él. Biney no permitiría que regresaran a la superficie hasta que hubieran informado del incidente a la Academia. Y sabía perfectamente cuál sería su reacción. Pero no les culpaba. No tenían más alternativa.

Regresen a casa.

A su derecha, media docena de cardenales de grandes patas descansaban sobre una rama. Había algo en su actitud que hizo que se le erizara la piel.

Sus picos eran del tamaño adecuado.

¿Serían esos pájaros los que habían asustado al dragón?

Las aves les seguían con la mirada. El bosque cada vez estaba más silencioso.

Había cientos de ellos encaramados a los árboles.

En cuanto dejaban atrás a un grupo de aves, éstas alzaban el vuelo, planeaban bajo el dosel y se posaban en las ramas que tenían delante.

—Han sido los cardenales —le dijo en voz baja a Biney.

—¿Qué?

—Han sido los cardenales. Míralos.

—¿Esos animalitos? —Biney fue incapaz de ocultar su sarcasmo.

Nightingale señaló una rama en la que había cuatro... no, cinco aves observándolos. Apuntó a la de en medio con su arma, disminuyó la intensidad debido al reducido tamaño de la criatura y disparó.

Como si se tratara de una señal, los cardenales descendieron sobre ellos desde una docena de árboles. A su izquierda, Tatia gritó y empezó a disparar. Los pájaros eran diminutos misiles escarlatas que llegaban por todas partes. Los agujijones crepitaban y los pájaros explotaban. Un cactus estalló y ardió con furia. El aire estaba cargado de plumas y humo. Hal Gilbert, miembro del equipo de Biney, cayó al suelo.

Al ser un arma discriminatoria, el aguijón no resultaba demasiado útil para defenderse del ataque de los pájaros. Nightingale la utilizaba lo mejor que podía, manteniendo el gatillo apretado y oscilándola sobre su cabeza. En cambio, cada vez que centelleaba el láser de Biney, legiones completas de cardenales giraban en espiral, precipitándose hacia el suelo. *Arded en llamas, hijos de puta.*

Nuevos cactus estallaron al ser abatidos por los aguijones.

De pronto, algo le atacó por la espalda. Nightingale cayó sobre sus rodillas, gritando. Creía que había sido alcanzado por una de las armas pero, cuando se llevó las manos a la espalda, sus dedos se cerraron alrededor de una criatura emplumada que forcejeaba frenética por liberarse. La aplastó.

La herida estaba en un lugar inoportuno, cerca del omoplato. Intentó acceder a ella, pero pronto renunció. Se dejó caer sobre su espalda y sintió un ligero alivio cuando la presión contra el suelo. Lanzó un par de disparos más antes de que algo le golpeará en el cuello.

Su visión se oscureció, su respiración se hizo más lenta y el mundo empezó a difuminarse.

Tatia, inclinada sobre él, sonrió al ver que estaba despierto.

—Me alegro de que estés de vuelta, jefe.

Se encontraba en el interior del vehículo de descenso, tendido en un sofá.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ten —la mujer cogió una taza de alguna parte—. Bébetelo.

Era sidra, cálida y dulce. Tenía la espalda y el cuello agarrotados.

—Hemos tenido que administrarte un analgésico.

Cuando levantó la mirada, sólo vio a Cookie.

—¿Todos conseguisteis regresar?

—El equipo de Biney, sí —respondió, apretándole el brazo—. Pero Biney, no. Ni Sherry. Ni Andi.

Fue incapaz de seguir hablando.

—Esos putos bichos formaban legiones enteras —explicó Cookie—. Sólo la suerte permitió que lográramos salir de allí con vida.

—Fue terrible —dijo Tatia, estremeciéndose—. Estaban coordinados. Nos atacaban y se retiraban. Nos atacaban y se retiraban. Llegaban en oleadas, por todas partes.

Cookie asintió con solemnidad.

Nightingale intentó levantarse, pero el analgésico todavía no había surtido efecto.

—Cuidado —Tatia le obligó a permanecer acostado—. Has recibido un par de ataques, pero has tenido suerte.

Nightingale era incapaz de verlo así. Biney estaba muerta. ¿Cómo era posible? Y cinco personas más.

Era un desastre.

Bebió un sorbo de sidra y sintió cómo se deslizaba por su garganta.

—Will dice que te pondrás bien —se refería a Wilbur Keene, del grupo de Biney. Entre sus credenciales se incluía el título de doctor en medicina, una de las razones principales por las que había sido seleccionado para la misión.

—Nos siguieron durante todo el camino —comentó Tatia—. Sin dejar de atacarnos.

—¿Los cadáveres siguen ahí?

—Esperamos hasta el anochecer —explicó la mujer—. Entonces pudimos rescatarlos.

—Will dice que son venenosos —añadió Cookie—. Si no hubiéramos llevado trajes energéticos, el veneno nos habría paralizado. Habría afectado a nuestro sistema nervioso.

Se quedó dormido. Cuando despertó de nuevo, se estaban preparando para marchar.

—¿Quién va en el *Tess*? —preguntó, refiriéndose al vehículo de Cappy. El piloto y los pasajeros originales habían muerto, pero no podían dejarlo allí.

—Nadie —respondió Cookie—, pero no te preocupes. En cuanto despeguemos, le ordenaré a la IA que regrese a casa.

La cabina estaba a oscuras, excepto por las tenues luces que centelleaban en el tablero de instrumentos. Tatia permanecía sentada en el extremo más alejado, contemplando en silencio la oscuridad.

Unas luces brillaron en el exterior y se elevaron hacia la noche.

—Bueno, amigos —dijo Cookie—. Ahora nos toca a nosotros.

Hasta ese momento, Nightingale no se había dado cuenta de que, al ser el único superviviente de la tripulación de mando, Cookie era ahora el capitán.

El arnés, que había sido ajustado a su posición postrada, se deslizó sobre sus caderas y hombros. Y tuvo suerte de que lo hiciera porque, mientras despegaban, una repentina ráfaga de viento sacudió la nave.

—Sujetaos —dijo Cookie.

Nightingale no podía ver gran cosa, pero los movimientos del piloto sugerían que había conectado el control manual de la nave. El vehículo de descenso se estabilizó y empezó a elevarse hacia las estrellas.

Todos guardaban silencio. Nightingale contemplaba los instrumentos iluminados. Tatia inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. La realidad de la situación resultaba sobrecogedora. La ausencia de Andi era tan palpable que incluso parecía que podían tocarla.

—*Tess* —dijo Cookie, dirigiéndose al vehículo de descenso que permanecía en tierra—. Código uno-uno. Acepta mi voz.

Nightingale oía el viento precipitándose sobre las alas. Tatia se movió un poco, abrió los ojos y le miró.

—¿Qué tal te encuentras, jefe?

—Bastante bien.

—¿Crees que enviarán a otro equipo?

Se encogió de hombros y sintió un fuerte tirón en el cuello. Estaba entumecido.

—Tienen que hacerlo, puesto que en este planeta hay vida. Estoy seguro de que algún día habrá una colonia.

Sin embargo, también sabía que habría ciertas repercusiones políticas, tanto para él, que era el responsable de la misión, como para su equipo. Suponía que el precio que tendrían que pagar por lo sucedido sería muy elevado.

—Disculpa, Randy —dijo Cookie—. No recibo respuesta del *Tess*.

—¿Eso significa que tendremos que regresar a por el vehículo de descenso?

—Intentaré averiguar qué sucede.

Los monitores se encendieron y Nightingale pudo ver el bosque iluminado por la luz del sol. Era el vídeo que había grabado el vehículo de descenso. Una bandada de cardenales voló por delante de la pantalla antes de desaparecer. Unas personas salieron del bosque. Una caminaba ayudada por sus compañeros. Otra era transportada. Una horda de pájaros les atacó.

Remmy, a pesar de estar cubierto de sangre y llevar el ojo izquierdo tapado con una mano, apoyó una rodilla en el suelo y empezó a disparar. Biney, su jefa, estaba de pie junto a él, intentando protegerlo.

Se vio a sí mismo, acunado por los brazos de Hal. Cookie apareció en la imagen, oscilando una rama.

El rayo blanco del láser de Biney centelleaba por todas partes, como si intentara cortar la tarde. En cuanto tocaba a los pájaros, éstos se precipitaban al suelo.

—Allí—dijo Cookie, señalando la nave. El láser rozó el casco del *Tess*, chamuscándolo, antes de ascender y destruir el módulo de comunicación, que estalló en una lluvia de chispas.

Cookie congeló la imagen.

—¿Cómo murió Biney?—preguntó Nightingale—. Seguía allí al final.

—Permaneció en el exterior de la esclusa intentando mantener alejados a los pájaros hasta que todos estuvimos dentro—Cookie movió la cabeza—. Tendremos que regresar.

No. Nightingale se negaba a volver a pisar aquel mundo. No regresarían en ninguna circunstancia.

—Para recuperar el vehículo de descenso—añadió Cookie, creyendo que su silencio se debía a la indecisión.

—Olvidalo, Cookie.

—No podemos dejarlo allí.

—Es demasiado peligroso. No estoy dispuesto a permitir que muera nadie más.